

Chile

Programa de Seguimiento de las Políticas Exteriores Latinoamericanas-Academia de Humanismo Cristiano. (PROSPEL-AHC)

Haití

Instituto de Tecnología y Animación (CARITAS-ITECA)

República Dominicana

Centro Dominicano de Estudios de Educación (CEDEE)

Estados Unidos

ECONET

FARALLONES

Francia

CIMADE

México

Servicios de Investigación, Educación Popular y Acción Comunitaria (JUVENTUD Y FAMILIA/SIEPAC)

Centro de Estudios Agrarios (CEA)

María Liberación del Pueblo

Movimiento de Trabajadores Cristianos (MTC)

Servicios Informativos Procesados (SIPRO)

Programa de Formación en la Acción y en la Investigación Social (PRAXIS)

Centro Latinoamericano de Apoyo al Saber y la Educación (CLASEP)

Unión Cooperativa Popular S. L. (UNICOOP)

Red Michoacana de Acción Popular A.C.

Análisis, Descentralización y Gestión (ANADEGES).

Centro de Encuentros y Diálogo (CED)

Servicio, Desarrollo y Paz. (SEDEPAC)

Fundación de Ecodesarrollo Xochicalli (FEXAC)

Ecomunicación

Vaujanía de México,

Comunidad de Desarrollo Rural,

Promoción del Desarrollo Popular (PDP)

Secretariado Social Mexicano (SSM)

Centro de Estudios Sociales y Ecológicos (CESE)

Intergubernamentales

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF)

Centro Regional de Educación de Adultos y Alfabetización Funcional para América Latina (CREFAL)

Pensar la Revolución, hoy

Eugenia MEYER

No se puede hablar de la Revolución como de un compartimiento estanco, pero tampoco de sus múltiples expresiones regionales y locales como separadas del proceso totalizador. Cabe entonces la interrogante de si realmente el magonismo, el maderismo, el villismo o el zapatismo pueden definirse como corrientes revolucionarias. A fuerza de tergiversar el conocimiento del pasado, nos encontramos de repente a un Villa o un Zapata recitando trozos de "ideología oficial" que en aras del destino y por magias de partido han recibido una parcela en la gloria conmemorativa, aunque efímera, de los actos protocolarios.

Sin duda la fuerza esencial de la Revolución fueron el campesinado y sus caudillos. La aparición de estos últimos como energía medular de la acción revolucionaria muestra, entre otras cosas, la fuerza de la tradición. Fue el largo, anquilosado gobierno de Díaz el que propició el surgimiento de los caudillos al empujar al pueblo hacia la búsqueda de formas liberadoras y libertarias cuyas autoridades, en ocasiones, resultaron anónimas.

Las corrientes en pugna que, como ingenuamente señalan algunos autores, eran socialistas (pero no lo sabían) o por contra no siempre eran revolucionarias, se sustentaban en los idea-

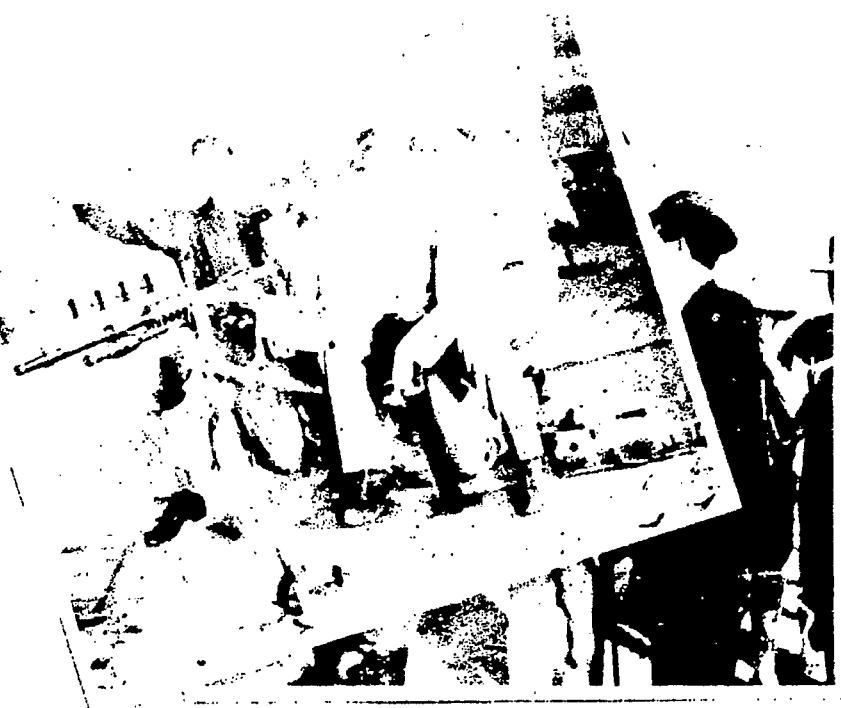
rios en el sentido lato, de los Ricardo Flores Magón, Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Federico González Garza, Heriberto Jara, Antonio Soto y Gama, y tantos otros que concretaron preocupaciones y demandas surgidas de la necesidad común en oposición al status establecido. Madero plasma pensamiento y aspiraciones de una burguesía terrateniente y nacionalista por el imperativo de sus intereses. En la sucesión presidencial en 1910 se retoma mucho del liberalismo político decimonónico, sin rebasarlo o superarlo. Democracia, sufragio efectivo y constitucionalidad recuerdan frases de un porfirismo temprano y exaltado, el de la no reelección, el del orden y progreso. No en balde serán estas proposiciones las que más tarde se expresen y consoliden en el pensamiento de Carranza, tan hábilmente apuntalado por Cabrera, su ideólogo de cabecera.

Pero la Revolución plantea y obliga a una reflexión mayor: exige llegar al fondo de la realidad nacional, profundamente heterogénea y claramente singular en sus demandas, acordes con presencias concretas. No podía ser de otra forma: la sociedad civil que contempla la Revolución de 1910, y que participa en este proceso culminante del liberalismo mexicano, tendría quizá a la luz del conocimiento actual y des-

de un punto de vista llámémoslo científico, con la consulta de la información dispersa, fraccionada e incluso hasta inconexa, tendría decía, que plantearse una lectura diferente de la gesta revolucionaria y por ende podría sugerir un discurso diferente que suponga, o presuponga, la posibilidad de nuevas o al menos más sólidas interpretaciones de lo que fue este movimiento.

De cierta manera, también, tendríamos que reconocer que la Revolución se significó como cambio en la continuidad. Cambio e innovación pero ciertamente un conmovedor esfuerzo para mantener la continuidad en el cambio.

¿Hubo realmente una Revolución y una ideología que le dio vida? La mexicana viene a concluir, a clausurar el ciclo de las grandes revoluciones democrático burguesas, al ser, paradójicamente, la primera gran revolución del siglo XX. Quizá por mero azar, la lucha de 1910 culminaría en forma similar al proceso independentista, llevando al triunfo a las fracciones más conservadoras, menos comprometidas, pero que, en el juego y rejuco, tenían más que perder y por lo tanto echarían mano de todo su talento y de sus arcuías políticas, militares, diplomáticas, para lograr el triunfo, como





sucedió un siglo antes, precisamente con Iruibide y los criollos realistas.

A fuerza de generalizar hablamos de villistas y zapatistas. Los unos norteños, familiarizados con vastas regiones, más aptos por circunstancias de la naturaleza de su territorio para la ganadería que para la agricultura. Norteños ellos, cuya veclindad inexorable con los Estados Unidos marcaría su paso y generaría la mayor movilización popular de la Revolución. Aquéllos que durante casi una década harían de la guerra su *modus vivendi*. De bandidos devienen en revolucionarios y decantan finalmente en guerrilleros o fascinerosos. Y no podemos menos que insistir en que, habiendo empezado la lucha ahí, en el norte, en Chihuahua, en el Cuchillo Parado de Toribio Ortega, el proceso revolucionario concluye también allá en Chihuahua, donde la última página, la última trincheira y el último disparo se apagarán cuando el estado retomó definitivamente su compromiso federalista y, en 1921, jura su nueva constitución.

El zapatismo es otra cosa. Otro llamado revolucionario, sí, porque también se enfrenta a la realidad, clamando y pidiendo la vuelta y el retorno a formas del pasado, a viejas maneras de poseer la tierra, de extraerle sus frutos; por ello se negaban obstinadamente a cambiar. Los zapatistas querían seguir siendo campesinos, de ahí que entenderían la guerra como luchas intermitentes y la hicieran por medio de la táctica de guerrillas. Quizá sea esto lo que provoca un movimiento caracterizado por su localismo y sus particularidades regionales y, en consecuencia, que su influencia y repercusiones se circunscriban a una zona limitada.

Los grandes movimientos del siglo XX se dieron a nivel regional. De hecho, en el caso de México, se manifestaron como un desafío a la consolidación del Estado moderno. No sólo los ya señalados, sino también otros, de carácter étnico, como los que emprendieron yaquis y mayas. Por ello se entiende que su esencia desafiantes e intolerables para los ejércitos triunfantes apresurada su aniquilación a sangre y fuego.

Pero también marcan un paso adelante en el entendimiento de los orígenes y las funciones del poder local y del regional; la nueva forma de expresar la distancia entre nación y región-estado; fue conformar y proyectar un nuevo equilibrio entre las instituciones de gobierno y la fragmentación política que se dio con el movimiento armado de 1910. Se buscaba pues la garantía de un orden social, del buen funcionamiento y reproducción del sistema productivo, pero sobre todo —y Carranza lo comprendió temprano y bien—, la estabilidad en la estructura de clases; no cambiarla o modificarla, sólo recobrar el justo balance. No podremos olvidar aquí grandes logros, como el del municipio libre, único organismo de administración y gobierno territorial que refleja mucho del proyecto liberal —por cuanto a la supuesta homogeneidad de la población— y propone un sistema de gobierno impersonal en las entidades federales, que reconocía ya entonces la libre concurrencia.

Sin embargo, es justo insistir en que los reiterados llamados de Zapata, luego del Plan de Ayala, sus múltiples manifiestos y rectificaciones hasta llegar al de 1918, obligan a una medita-

ción muy especial. Así como el zapatismo se expandió por Morelos, Guerrero, Puebla, Tlaxcala y así como se dan tanto Zapatas como Villas en formas diferentes y con clamores cuyos volúmenes, mayores o menores, retoman, en última instancia, lo fundamental de la lucha, así también crece la demanda y la exigencia de la tierra, de donde se infiere la búsqueda de una sociedad más equitativa. Hay en todo caso una particular toma de conciencia de clase frente a las enormes diferencias existentes; frente a los conjuros de los hacendados y los abusos de los gobiernos porfiristas.

Por su parte, el carrancismo-constitucionalismo triunfante tiene que ir edificando, ya desde 1914 o 1915, una ideología que justifique su estadia en el poder, y de ahí que promueva y proceera una historiografía propia, oficialista, encaminada a justificar su triunfo y su conciliación política con la antigua oligarquía. Como los fuegos pirotécnicos que se entremezclan, en esa historiografía oficial se integran todos los ingredientes dispares y contrapunteados, llevando a una culminación muy particular.

Consideración trascendente es la reflexión historiográfica contemporánea que aquí nos reúne. A primera vista, hay una nueva preocupación por el viejo tema de la Revolución. Ya no son los estudios globales o generales, ni siquiera los teleológicos que lo abarcan todo o lo convierten en explicación sustancial de la obligada ideología de Estado en la que, siguiendo el ejemplo ciertamente particular del monumento a la Revolución (del que por cierto no se puede decir que fuera concebido como tal), se integran en una misma gran mole de concreto, a prueba de todo, las corrientes más contradictorias y los personajes más disímiles. En un extremo, a la antigua manera de los pugilistas, Obregón y Carranza, en el otro Villa; más allá Calles y hasta Cárdenas, sin olvidar los apuros que la maquinaria de los homenajes tiene que sufrir para dar a veces cierto sentido y congruencia a la retórica conmemorativa, tan recurrente y quizá necesaria en pueblos como el nuestro.

Pero habrá que preguntarse si realmente el concepto de Revolución puede servir como paraguas explicativo del extenso proceso nacional: si puede resolver el todo múltiple y particular, avasallador y hasta conmovedor que resulta del análisis profundo de la lucha popular de los campesinos etiquetados como zapatistas, villistas, convencionalistas y tantos otros "istas", que, a fuerza de ser excluidos, terminan en experiencias autárquicas por demás significativas. Hay, insisto, una preocupación por el estudio de lo concreto particular, por ocuparse lo específico a partir del pensamiento y la acción de quienes constituyeron realmente el meollo revolucionario: el pueblo. Campesinos despojados y desarraigados, obreros desempleados o desahogados, mineros cesados, ferroviarios desubicados, desocupados o castigados por las variadas y repetidas crisis económicas.

No obstante, parece que científicos sociales extranjeros y los sociólogos, politólogos y economistas mexicanos se apropiaron de la estateta de trabajo, que por algún lugar, sin darnos cuenta quizá, los historiadores perdimos en el

camino. No puede escapar a nuestra atención la producción de los investigadores extranjeros ocupados en descifrar y quizá también en entender ese pasado que influye en nuestro devenir. Este interés foráneo no es ni casual ni fortuito, como tampoco lo es la escasa producción historiográfica nacional en los años recientes. La parcela atribuida a la historia nos ha sido arrebatada por otros científicos sociales, más comprometidos con la realidad presente y también más conscientes del riesgo que significa el análisis de los patrones ideológicos característicos de los albores revolucionarios que decantan al cabo de cierto tiempo en lugares políticos, en expresiones y espacios comunes muy semejantes a los del porfirato decimonónico.

Existe entre nuestros historiadores, por un lado, la falta de cientificidad al historiar el proceso; por el otro, casi sin percatarnos, los mexicanos cumplimos en buena medida la función de un ordenado coro griego al que corresponde recitar el dilrambo a esa expresión estática e inerte con fechas tales como 1910-1985, con lugares y nombres comunes que por lo general dejan fuera o ignoran lo verdaderamente esencial, olvidando su contenido ordinario y rutinario, dejando de lado a sus hombres, sus acciones, su pensamiento y, por qué no, su cultura material, postrero legado de aquellos combatientes por la libertad, la justicia, la dignidad.

Son, decla, los extranjeros los que parecen traer la nueva luz y nuevas posibilidades de interpretación. Ellos son lo que con una perspectiva diferente, y hasta distante, han venido a replantear, entre nosotros el estudio de lo verdaderamente significativo en lo que hoy llamamos Revolución Mexicana, pero que indudablemente integra tantas revoluciones como jefes-caudillos tuvo: Zapatas, Arenas, Orozcos, Villas, Figueroas, Obregones, Carrillo Torres, en fin, ese múltiple mosaico de posibilidades que manifestaron que el viejo modelo de desarrollo nacional estaba agotado, precisamente por creer que podía abarcarlo todo.

Se dice que estar fuera y ver las cosas a distancia actúa como proceso esclarecedor que activa la facultad de recapacitar. Mas también se da lo contrario, como en el caso de uno de los nuestros, de Ricardo Flores Magón quien desde los Estados Unidos se convierte primero en la conciencia crítica del porfirismo y luego del maderismo y el carrancismo. El Flores Magón que evoluciona a la distancia, comenzando por un liberalismo progresista que rayará luego en el anarquismo. El mismo que ve decepcionado e impotente el acontecer de un México en ple de lucha, un México al que jamás volvería, y para quien precisamente el estar fuera constituye una barrera que le impide desarrollar proposiciones más realistas para el cambio.

Cabría preguntarse incluso si son ellos, los sociólogos, economistas, politólogos nuestros y los historiadores extranjeros, quienes se apoderaron de esta supuesta punta de lanza, o si fuimos nosotros, los historiadores, quienes perdimos el rumbo en una actividad profundamente parcelada, anquilosada por este incomprensible empecinamiento en llevar a cabo estudios positivistas o historicistas, cuando la Historia es, y debería ser en última ins-

tancia como parte medular de las ciencias sociales, algo más, mucho más que eso: el diario compromiso con la realidad presente.

Es hora de aceptar que no hay tiempos históricos uniformes sino pluridimensionales; que los ciclos históricos, las circunstancias coyunturales se dan a menudo de manera consecutiva y que los períodos largos de los procesos se encuentran entrecruzados por los cursos lentos y el encomado esfuerzo de los pueblos por romper el periplo y modificar estructuras.

Necesitamos quizá una llamada de atención, voz de alarma, para plantear una "nueva historia", más pensada e interdisciplinaria; nuevos cortes y espacios.

Todo esto no es fortuito, permítaseme señalar como botón de muestra esta reunión internacional, en la cual sólo participamos dos historiadores de nuestra Universidad, la misma en que se forman historiadores. Sólo dos del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Ni siquiera uno del Instituto de Investigaciones Históricas o de otros planteles profesionales. Y ¿cuál es la razón? Acaso los organizadores no meditaron al respecto, o bien se nos dará como explicación que los historiadores universitarios se ocupan de su materia, del pasado, entre más lejano más suyo: el mundo hispanico, la colonia, la independencia, y hasta la reforma y el porfirato, sin llegar a más allá. A tiempos más cercanos, interés más disperso y, de repente, las obras sobre nuestra contemporaneidad, sobre nuestro siglo, escasean o bien las escribieron extranjeros, especialmente estadounidenses.

La nueva historia de la Revolución Mexicana, como historia crítica, no puede olvidar ni ignorar los trabajos pioneros y pasados, pero tampoco puede pretender ser una historia apologética o justificadora.

Descifrar y comprender las diferentes corrientes de la Revolución —que, insisto, no siempre fueron revolucionarias— es tarea fundamental de una historiografía a la que sólo con ciertas reservas puedo definir como revisionista, aunque mucho tiene de ello, de esa necesidad de revisar lo hasta ahora historiado, lo escrito, lo bien o mal interpretado acorde con banderías, partidismos y modas, como tan ciertamente censurara Pierre Vilari.

Tendrá que ser quizá menos política y más social. Sin descuidar los hechos de armas, habrán de tratarse las medidas de carácter económico y social que se dieron a lo largo de la brega. Se rescatará de lo hasta ahora olvidado, que no ignorado, sobre la formación de las nuevas instituciones, sobre los esfuerzos conjuntos para consolidar la organización política legislativa, sobre todo aquello que, a fuerza de remachar, no deje en el tintero ningún asunto que dé mayor amplitud a ese pasado o que explique las diferencias o similitudes que se encuentran en las diferentes corrientes del proceso; ni las demandas que, si bien generalizadas, definen lo regional y delimitan lo individual en lo que reclaman. Y otra vez esa tríada de la economía que constituyó el sustento de la productividad al brotar el siglo: agricultura, ganadería y minería, en sus varias expresiones; sus crisis, su crecimiento discontinuo que habría de riarcar el rumbo de la lucha social.

Los impulsos revolucionarios expresaron el sentir de muchos mexicanos componentes de las varias clases sociales, de ahí la diferencia de las aspiraciones y los reclamos; de las tácticas y las estrategias. La expresión social, la cultural, lo cotidiano del proceso parecen reclamar la atención de los historiadores.

La Revolución Mexicana debe entenderse sin duda como el punto culminante del largo, fecundo, creador proceso liberal que, surgido en los albores del siglo XIX, habría de culminar precisamente, tras la conformación del Estado nacional, en el nuevo pacto federal y la Carta Magna de 1917. Era un nuevo compromiso que quizá sin negar rémoras ni parentescos con el pasado, buscaba soluciones, no siempre originales, a viejos problemas; pero como decía con tanto acierto Jesús Reyes Heróles: "Esto no supone que debamos restaurar nuestro pasado o calgamos en la infantil teoría de la parábola: la Revolución Mexicana no ha terminado de resolver los problemas de México; volvamos, pues, al pasado. Sin contar con que el pasado inmediato sería el porfiriismo, tal actitud entrañaría no juiciosamente ver que nuestros problemas no se han resuelto a pesar de la Revolución Mexicana, temo por ella, lo cual sería, además de inexacto, monstruoso. Muchos de los problemas de México no se han resuelto, no porque

la Revolución Mexicana haya querido, sino porque, queriéndolo, no ha podido".

No en balde se llega a un lugar común cuando se reconoce que la Revolución no logró más porque no era posible. Porque quizá, frente al costo social, la proposición de lucha se transmutó en reformismo social. Porque precisamente del Estado patrimonialista de Díaz, rescatando y recobrando mucho de la herencia de nuestros liberales, se va diseñando un nuevo modelo, populista en ocasiones, en otras por demás retórico y más ocupado y preocupado en sus propósitos de hacer clientela que en buscar y lograr verdaderos cambios.

Con todo, el hecho histórico, la Revolución, es rescatable para un nuevo análisis que capte tanto sus motivos como los puntos de cruce de las diferentes posibilidades de decisión, mostrando así la libertad de escoger que Weber definiría y defendería tan lucidamente.

Entonces también nos toca a nosotros, historiadores, escoger entre esa historia de bronce, de cultos pétreos, oficialista y oficiosa, que se antoja exculpación, y otra humanizada aunque dispareja (menos generalizadora), pero que recobre lo singular, lo particular, lo que constituye nuestra memoria colectiva, sin olvidar que es parte del proceso general.

De ser así, de haber alcanzado la madurez para asimilar el proceso en su conjunto, cabría una última reflexión, ahora, ya casi al filo del siglo XXI.

Transcurridos 75 años del arranque revolucionario, viene quizá al caso invitar hoy a los científicos sociales y al Estado a unir sus voluntades para planear y construir el Museo Nacional de la Revolución, rescatando del anonimato las voces y testimonios de las mayorías y devolviendo al pueblo ese trozo de historia, obligándonos a la cotidiana recapitulación sobre nuestra per-

tenencia e identidad, pero también, y sobre todo, consolidando la memoria histórica popular de la Revolución. Habrá que hacer nuevos cortes y espacios, nuevos planteamientos y expectativas sobre la forma de historiar la Revolución con una visión diferente que permita concebirla como un proceso dinámico y dialéctico, lleno de contradicciones cuyo estudio no puede detenerse en 1917 o 1940, sino que obliga a pensar la Revolución desde los gobiernos inmediatamente posteriores hasta el presente, el hoy, que también es historia y acción. ●

BIBLIOGRAFÍA

Cabrera, Luis. Obras Completas. Obra política. Eugenia Meyer, comp. México, Ediciones Oasis, 1975. (Vol. III).

Chevalier, François. "Caudillos y caciques" en América: contribution à l'étude des liens personnels. Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les Hispanistes Français. Paris, Bulletin Hispanique, 1962 (Vol. LXI bis).

Ellul, Jacques. Autopsia de la Revolución. Madrid, Unión Editorial, 1973.

Febvre, Lucien. Combates por la historia. Barcelona, Editorial Ariel, 1974.

Gramsci, Antonio. La formación de los intelectuales. México, Editorial Grijalbo, 1967.

Reyes Heróles, Jesús. El liberalismo mexicano. Los orígenes. La sociedad fluctuante. La integración de las ideas. México, Fondo de Cultura Económica, 1974. (3 vols.)

La historia y la acción. Madrid, Seminarios y Ediciones, S. A. 1972.

Vilar, Pierre, "Historia marxista, historia en construcción", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, comp. Hacer la historia. Nuevos problemas. Barcelona, Editorial Lala, 1978. Vol. I.

Weber, Max. Economía y sociedad. Esbozo de sociología. México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Wolf, Eric R. y Edward Hansen. "Caudillo político: a structural analysis", Comparative Studies in Society and History, 1967 (Vol. 14, 2) p. 168-179.

Los mutantes

Samuel SALINAS ALVAREZ

Parece que Gabriel García Márquez se está convirtiendo en sentencia de parálisis para algunos escritores. Circulan las anécdotas de aquellos que luego de leer El amor en los tiempos del cólera no han podido escribir una línea en varios días. Y es que a García Márquez no puede tomarse como modelo. Ni a él ni a ningún otro.

Frente a la página en blanco no es posible recurrir a ningún legado de páginas llenas. El conocimiento como creación cotidiana exige de la vida. Einstein se alejaba de sus papeles para fumar una buena pipa y entonces, milagrosamente, se ordenaba el conocimiento, la creación se consumaba una vez más. Con la vista y el sentimiento orientado hacia la vida, la página en blanco se convierte en un campo florido. Y no es que la página tenga ya el barroquismo en sí misma, no es que la naturaleza tenga ya todas las formas artísticas en sí misma y el hombre sólo las descubre. El arte es aventura en fronteras expandibles pero que requieren delimitación. La página en blanco se transforma porque sobre de ella se vuelca una propuesta de

vida que se consuma en la lectura.

El amor en los tiempos del cólera no puede ser fábula ejemplarizante. Los ejemplos, los modelos son el eje de la pedagogía bancaria: ésta es la vida, éstos los modelos, éste el futuro posible y éstas tus agotadas opciones. La literatura como creación cotidiana es conflicto, placer, penetración-con, auto-tortura y auto-liberación. Cuando uno corre como tormenta por el universo al que García Márquez nos jala, cualquier pedantería académica resulta ridícula. No vale detenerse, no vale volver, no hay tiempo, la ancianidad permanente de los personajes es un aviso de tiempo que se extingue y que apuramos desesperados porque no queremos morir antes que los amantes, porque no queremos amar después que ellos. Otra vez, como en Cien años de soledad, cuando uno cierra el libro, ojeroso y al amanecer, la sensación de haber vivido una vida más nos hace sonreír, volver hacia nosotros, hacia las vidas que vamos viviendo en amores que no renuncian ni a la permanencia ni a la fugacidad del amor cuando el mundo se acaba. ●

